

**Eucaristía de apertura del
Capítulo general
11 de mayo de 2015
Homilía del Ministro general
Fr. Michael A. Perry, OFM**

¡Ecce quam bonum et quam jucundum, habitare fratres in unum!

Tomás de Celano, en la lectura que hemos escuchado al inicio de nuestra celebración, nos presenta una descripción de la vida idílica de los primeros hermanos, que ponían en el centro de su vida y su obra de evangelización el amor que nutrían recíprocamente el uno por el otro. Celano entiende que, mientras los hermanos no vivan la fraternidad como elemento central y unificador de la vida evangélica, no pueden experimentar la plenitud del don del Espíritu de Dios que obra en la Orden. Está claro que Celano trata de desviar la atención de las experiencias desastrosas de los hermanos que viven la verdad radical de su vocación en la sencillez, la humildad y el respeto mutuo, promoviendo el bien del otro y no sus proyectos y necesidades personales. Por ello, Celano estaba preocupado en ayudar a los hermanos a profundizar la experiencia vivida de la identidad, la fraternidad y la misión, así como nosotros, reunidos aquí para el Capítulo general, tratamos de hacer.

Para Celano, los Hermanos Menores están llamados a encarnar su vocación evangélica como discípulos que tienen sus raíces en una experiencia personal del Señor Jesús, crucificado y resucitado, tal como lo hizo san Francisco. Están invitados a arder de amor mutuamente, a expresar este amor a través de acciones concretas, a compartir este amor con todos los que se encuentran y a demostrarlo en la forma y manera en que cuidan la creación amada por Dios. Por ello, Celano manifiesta con claridad la relación principal y fundamental, sobre la que se debe construir el don y el desafío de la fraternidad: el vínculo del amor absoluto e incondicional con el Señor Jesús y la confianza total en Él. Esta relación fundacional es totalmente abrazada por Francisco y es lo que dirige cada una de sus acciones y cada una de sus opciones. Es esta relación fundacional la que lo ha llevado a experimentar en profundidad la Trinidad como un círculo de amor y misericordia, a la cual toda la humanidad y toda la creación están invitadas a participar. El documento postsinodal *Vita consecrata* (1996), explica esta radical exigencia: tenemos que entrar necesariamente en una relación íntima de amor con el Señor Jesús Resucitado y de confianza en Él, si queremos que nuestras vidas sean transfiguradas y transformadas por Dios con Jesús. Cualquier forma de auténtico discipulado debe basarse en la experiencia de “intimidad con el Maestro”, donde no

ven más que a «Jesús solo» (VC 14). Solo cuando nuestra vida está enraizada en el amor eterno del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo somos capaces de ver más allá de nuestras limitaciones y pecados personales, de ver más allá de las limitaciones y pecados de los hermanos y de reconocer el misterio de la gracia, del amor y de la misericordia incontrolable de Dios, que nos consuela en las dificultades que nos desafían a vivir en la libertad de los hijos de Dios.

En el *Evangelio según San Juan*, hemos escuchado los “Discursos de despedida”, en los que Jesús revela la profundidad de Su amor por sus discípulos y por toda la humanidad, y promete no abandonarlos nunca ni dejarlos nunca huérfanos. La invitación a vivir en comunión íntima con Él, no se refiere solo a nosotros como individuos, sino que está dirigida a toda la comunidad de fe: la Iglesia. Por extensión esta misma invitación está dirigida también a nosotros Hermanos Menores. También nosotros estamos llamados a vivir en intimidad de vida el uno con el otro, para recibir el don del hermano como un signo sacramental de la presencia de Dios en nuestro mundo y para encarnar nuestro compromiso radicalmente evangélico con pasión, con compasión, con alegría y con un amor incondicional por los hermanos y por la Fraternidad universal, que se alarga para incluir a toda la humanidad y a toda la creación.

Se nos recuerda que nuestra llamada a ser discípulos significa llegar a ser hijos de la luz, de la verdad, del amor, colmados de pasión por el Reino de Dios y deseosos de compartir con los demás el don de la fe que hemos recibido y que seguimos cultivando. “Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15, 26). Queridos hermanos, durante este Capítulo general estamos llamados, de hecho, desafiados a buscar la verdad con amor y compasión. Estamos desafiados a realizar una evaluación de nuestra vida, de la calidad de nuestro compromiso de vivir en radical dependencia de Dios y en radical interdependencia los unos con los otros, en la fraternidad de los discípulos colmados de fe. Nos sentimos instigados a no sentirnos satisfechos con el *status quo* de la vida de la Orden, sino, como el apóstol Tomás, a examinar las heridas de Cristo, las heridas infligidas por la falta de confianza, de respeto, de comunicación sincera, de diálogo honesto, de celo, de fe incondicional y de transparencia económica y de todas las demás heridas. Es el Paráclito, el Espíritu de Dios, que busca manifestar la gloria y el amor del Padre para cada uno de nosotros y que nos dará la gracia necesaria para emprender este viaje hacia la vida eterna que todos anhelamos. Pero tenemos que liberarnos de todo lo que no es de Dios, de cualquier cosa que nos cause miedo, ira o cualquier otra emoción que nos impida dejar que Dios nos instruya y nos guíe en estos días de Capítulo. Tal vez necesitamos en este Capítulo un *tsunami espiritual* que nos permita llegar a donde el Espíritu quiera guiarnos.

Así como el Evangelio aclara perfectamente, que la promesa de la resurrección nos

da el arrojo espiritual para tomar la cruz cada día y seguir los pasos de nuestro Señor Jesucristo. El seguimiento de Jesús se expresa específicamente cuando cada día encarnamos nuestra profesión religiosa franciscana, cuando nos esforzamos por construir la fraternidad de sal y de luz y cuando salimos para ir a los suburbios existenciales para proclamar la verdad y la buena noticia de la misericordia y del amor incondicional e infinito de Dios. El Espíritu de Dios portará a cumplimiento la promesa de Dios en nuestras vidas y en la vida de la Orden si permanecemos fieles a Su Palabra y a la vida a la que estamos llamados como Hermanos y como Menores, deseosos de humillarnos ante Dios y ante los demás, pidiendo perdón, levantándonos mutuamente y caminando juntos hacia la promesa del Reino.

“Os he dicho esto para que no os escandalicéis” (Jn 16,1): estas son las palabras que Jesús dice no solo a sus discípulos, sino también a nosotros, miembros del Capítulo general y a todos los hermanos de la Orden. Todos participamos de la gloria del Hijo. Todos nos beneficiamos del amor del Padre que se expande y se expresa a través del compromiso amoroso del Hijo Jesús. Todos estamos llenos del don del Espíritu, el verdadero Ministro General, que se nos ha donado a cada uno de nosotros y para todos los hermanos. Hagamos crecer, por lo tanto, la confianza en el Espíritu, confiando en que Dios está presente entre nosotros y nos acompañará y nos guiará, donándonos una renovación de la mente y del corazón.

Ecce quam bonum et quam jucundum! Queridos hermanos, concluyo haciendo mía la oración final de san Juan Pablo II en *Vita consecrata*. Oremos:

Espíritu Santo, Amor derramado en los corazones,...

Colma nuestro corazón con la íntima certeza

de haber sido escogidos para amar, alabar y servir.

Haznos gustar de tu amistad,

llénanos de tu alegría y de tu consuelo,

ayúdanos a superar los momentos de dificultad

y a levantarnos con confianza tras las caídas,

haznos espejo de la belleza divina.

Danos el arrojo para hacer frente a los retos de nuestro tiempo

y la gracia de llevar a los hombres la benevolencia y la humanidad

de nuestro Salvador Jesucristo (cf. Tt 3, 4).

¡Amén!